

Matías Crowder

LOS JUEVES DE REDENCIÓN



Matías Crowder

LOS JUEVES DE REDENCIÓN



Marea Editorial - Material de prensa



Crowder, Matías

Los jueves de redención - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
Marea, 2019.

208 p.; 23 x 15 cm. - (Narrativa)

ISBN 978-987-3783-88-3

1. Narrativa Argentina. 2. Dictadura Militar. 3. Literatura Fantástica.

I. Título.

CDD A863

Directora editorial: Constanza Brunet

Edición: Florencia Jibaja Albarez

Corrección: Emilia Ghelfi

Diseño de tapa: Hugo Pérez

Armado de interiores: Brenda Wainer

Imagen de tapa: Irina Opachevsky / Shutterstock.com

© 2019 Matías Crowder

Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria

© 2019 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina

Tel.: (5411) 4371-1511

marea@editorialmarea.com.ar

www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-3783-88-3

Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio
o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina.*

A Irina, Martina y Teodoro.

Yo, Abelino Torcuato, diario, cuaderno 24 (último)

Noches atrás sueño que regreso al Delta y develo el secreto que tantos años se ha perpetuado en todos los que vivimos aquellos terribles sucesos. Lo sé por la sensación de paz que percibo, no por que vea o sepa al fin en qué consiste el misterio, así que, al despertar, esa paz se evapora y aleja. Y lo que más me asusta: sueño que los muertos hablan conmigo.

El sueño es como un puente que me transporta, una vez más, al pasado. Sucedió durante el otoño/invierno de 1977 en Los Álamos, el pueblo del Delta donde dejé atrás la infancia. O debería decir donde la perdí, porque es algo que me quitaron. Por aquel entonces era tan solo un niño llegado hacía poco de Buenos Aires. Mi padre había muerto y mi madre hacía lo que podía conmigo. El pueblo ya vivía de otros secretos, pero lo que sucedió entonces superaría todo lo jamás visto. Y nos marcaría de por vida...

Es como vivir rodeado de espejismos. Cada vez que te acercás a su reflejo desaparece, y en uno queda

la confusión y a la vez la certeza de haber visto algo que no existe, que es real y que es algo así como una ilusión óptica. El secreto que se perpetúa desde mi infancia es el eterno espejismo al cual corro en búsqueda de su captura, en sueños, una y otra vez.

Paso el día, y los días siguientes, absorbido por la idea de que debo volver y desenterrar, de una vez por todas, qué fue lo que sucedió. Por eso vuelvo al Delta, hoy, 15 de marzo de 1999, a develar el secreto. Apunto estas líneas en el colectivo de la empresa Cóndor en el que viajo desde Retiro. Es de madrugada, debo encender la luz de lectura, frente a la oscuridad en la que se interna el transporte (y yo mismo, hacia otra oscuridad), pasada la Panamericana; llegaré cuando amanezca. Conmigo sí hablarán, pienso, yo soy uno de ellos. Escribo:

Esta es la historia de los llovidos, como les decían en el pueblo. Un testimonio fiel de eso que llamaron, con el tiempo, los jueves de redención.

El misterio no se devela por más que escriba sobre él. Los muertos, sus voces, parecen alentarme a ir detrás de ellos, a buscar sus tumbas en la selva.

LOS CUERPOS

Hoy, dos días después de llegar a Los Álamos, emprendo una serie de grabaciones de los testimonios de los protagonistas directos. Mi idea es grabar, escuchar, dejar correr la cinta, para más tarde transcribir lo hablado, convertirlo en una sola voz. Creo que, de alguna manera, lo iré descubriendo en las horas de desgrabaciones que tengo por delante, la verdad está entre líneas, por eso transcribiré lo hablado como si buscara, en la confusión de los relatos, diminutos destellos de ella con los cuales seguirle la pista.

La noción que tengo sobre lo que voy a contar es aleatoria. Sé que debo dejar llegar la historia y que tengo que luchar contra la ansiedad de saber lo que pasó, de desenterrar el misterio. Comienzo grabando a mi madre, como supongo hacen los periodistas (compré un grabador en Retiro del que incluso me costó saber cómo funciona). A ella la dejo hablar, minuto tras minuto, hora tras hora... El secreto, pienso entonces, deberá develarse solo, por su propio peso, por todo lo que ha generado en ellos y en mí durante todos estos años...

Mamá, Etelvira Sicuzo de Torcuato, cinta 1

¿Cómo es posible que el niño sepa en cada momento lo que va a pasar?, me pregunto. ¿Por qué a él, de todos los niños del Delta, a mi hijo, le ha tocado soñar con cosas que van a suceder? Lo estuve intentando esconder todo este tiempo, pero la gente del pueblo lo sabe, y eso me preocupa, no puedo quitármelo de la cabeza mientras navego de regreso a casa. Fui a ver las trampas que dejo canal arriba para atrapar cangrejos de río. Vuelvo con una bolsa llena de ellos y la idea no deja de rondarme por la cabeza. Como si la tuviera llena de los mismos crustáceos a los que veo rasgar con sus pinzas la arpillera. Desde hace semanas, Abelino despierta con las sábanas mojadas, preso de las pesadillas...

Es un mapa movable el Delta. Sus datos y coordenadas jamás se quedan quietos demasiado tiempo, me digo, contemplando desde la lancha los esteros, aún envuelta en mis pensamientos. Como si el Delta, la selva, los canales tuvieran algo que ver con las premoniciones de mi hijo Abelino. No las tenía cuando vivíamos en Buenos Aires.

Cuando comienzan las crecidas, con el inicio de la primavera, los canales mutan, se conectan, se vuelven uno o se dividen por un nuevo estero arrancado de la ribera. El Paraná, al desembocar en el Río de la Plata, se abre en tantos brazos y se fracciona en tantas islas que incluso los más expertos rastreadores y baqueanos se pierden en su laberinto, fusión de selva, agua y cielo.

Se conoce la zona como “tierra de nadie”, “tierra de islas”. Y ese alejamiento que tanto me fascinaba

cuando vivía José, mi marido, se vuelve ahora en mi contra. Murió en el Delta hace casi un año, y aún no lo he superado. Porque... Es como si me escondiera. Del pasado. De lo que fui. Soy. Seré. El maldito verbo ser que dejo escapar de mis labios. Soy yo la apartada. La perdida.

Los Álamos, mi pueblo, es uno de los menos habitados del entramado de esteros y canales del Delta. A más de una hora en lancha desde el puerto del Tigre, y a la misma distancia de Colonia, Uruguay, fue el sitio donde la familia compró una casa de fin de semana en época de vacas gordas. Cuando aún éramos familia y no solo una madre viuda con su hijo. Por su situación geográfica, sería más tarde el lugar elegido al dejar atrás Capital, cuando comenzamos a sabernos perseguidos. Mi hermano, Roberto Sicuzo, había dejado la ciudad para vivir en este pago años atrás. Sin municipio propio, Los Álamos del Delta figura como una de las tantas dependencias del Tigre, cabeza del partido, frontera límite de la provincia de Buenos Aires con... el más allá, me digo.

Ninguno de sus pobladores lo ha visto desde el cielo. Ni siquiera yo. No hace falta para que la imagen colectiva, y la que yo misma tengo, sea la de una vista aérea. Quizás se deba al nombre de sus afluentes y su idea: una mano de agua de seis dedos, que son sus canales principales, abierta a través de la selva y atravesada por decenas de conductos de agua menores que conectan uno y otro canal.

Los pobladores de Los Álamos llaman a los canales mayores Pulgar, Índice, Corazón, Anular y

Meñique, para nombrar al último, desvinculándolo del resto, como canal Escondido.

Cuando supe de sus nombres por primera vez, me pareció una rareza. Una de tantas en este pueblo tan raro (*lleno de pirados*). En el presente, siento cerrarse los seis dedos como un puño, de qué sirve negarlo. Una jaula hecha de selva salvaje y monotonía pueblerina que enlaza unos días con los otros... Porque aquí, en el Delta, nada tiene la misma validez. Lo que se llamaba tiempo no tiene horas, sino estaciones; no tiene meses, sino fiestas relacionadas con los ciclos de la vida: el Carnaval, el Día de los Muertos, el Día de la Primavera...

Todo esto que te cuento es importante para saber lo que pasó.

Los canales menores, que conectan “los dedos” y que mutan con las crecidas, se numeran del uno en adelante. Hubo crecidas que han dejado entre el Medio y el Anular más de veinticinco canales menores. Si lo sabré yo que no he llegado a conocer los esteros más que perdiéndome infinidad de veces en su espesura. En invierno, su número se reduce, y el más seco de los agostos que se recuerda dejó tan solo nueve canales intermedios entre los dedos más densos de la zona.

Es un decir entre los pobladores, utilizado con el único fin de ubicarse en su espacio acuático y vegetal. Ya que, en realidad, los canales no tienen nombre ni jamás lo han tenido. Ni en la época de los indios guaraníes ni cuando los gauchos matreros se escondían en la zona. Ni siquiera en el tiempo de la inmigración europea, cuando entre el mestizaje

criollo de la región comenzaron a aparecer rostros pálidos, cabezas rubias y ojos de hielo.

Es importante saber ubicarse en la mano de agua, así le decían, para entender esta historia...

Mi isla, isla Los Enamorados, se halla a poco menos de doscientos metros de La Palma (*de la mano*), donde comienza el pueblo y están los corredores de álamos que le dan nombre, un cine, un almacén de ramos generales, un puñado de casas bajas, el último tramo de la ruta nacional 35 y la iglesia María de los Socorros de la Selva.

Alcanzo el embarcadero y ato la barca a su noray. Es una mañana húmeda de mayo en Los Álamos del Delta. Está todo empapado, me digo al llegar a la casa, dejar los cangrejos en la pileta de la cocina y despertar a Abelino. Una vez más, el niño mojó las sábanas.

–Tenés que levantarte, dormilón, dale...

Y la deducción es lógica. Si Abelino tiene sueños en los que el futuro le cuenta lo que va a pasar, qué será eso tan terrible que nos depara el destino y que no hace más que darle pesadillas... Intento quitarme la idea de la cabeza.

Preparo el desayuno mientras escuchamos callados las noticias de la radio. Abelino se cambia, desayuna. Luego salimos a esperar la lancha de don Anselmo junto al embarcadero.

Parece una sustancia que ha sido sólida, el agua, ahora deshecha, de tan embarrada que está. Me llama la atención el pensamiento. Que piense en la consistencia del agua aquel día. Que me fije en las cosas de otra manera... como si ya no fueran las mismas. Que no lo eran, pero eso lo sabría más tarde.

–Mamá, mamá, hoy no mojé las sábanas –me dice mi hijo.

–Claro que no, campeón –comparto la mentira–. Sos el Pibe Diez.

Abelino, observo, es la viva imagen de mi marido. Su parecido se acrecienta desde su muerte, como si esta hubiera volcado la genética de su lado, la de los Torcuato –yo ya no uso su apellido– con el único fin de que no pudiera apartarme de su recuerdo. Los hoyuelos en las mejillas cuando se ríe, los ojos negros, como su pelo, la piel bronceada del verano rioplatense que dejamos atrás... Hay cierta particularidad en él que me hace acordar a los niños que aparecen en las películas de Chaplin, ese algo de pillo mezclado con cierta tristeza implícita del huérfano. “Medio Guacho”, le dicen en el pueblo. Aunque al principio, los primeros días, le decían el Mireyo. Y yo tenía la culpa. Recuerdo que, cuando aún era una recién llegada al Delta, me decían la Rubia Mireya, como la del tango. Quizás porque, además de ser rubia, añoraba el esplendor perdido de los arrabales de la Buenos Aires de donde venía, y se me notaba a la legua.

Buenos Aires, con su glamour de falsa ciudad europea, había quedado atrás, perdida en los recuerdos...

–¿Qué soñaste anoche? –pregunto.

–Otra vez soñé con esos aviones...

La lancha del pueblo lleva a esa hora a los niños al colegio, a los que recoge isla por isla. Desprendida de la selva, la distingo a la distancia, protegiéndome del sol con las manos. Es una lancha de madera, de

unos veinte metros de eslora y dos de manga, sin más refugio que una lona que hace de techo en cubierta. Una de esas embarcaciones chatas del Delta, con su nombre en la proa: *Dolce Vita*.

Vita, el barquero –las personas suelen tomar el nombre de sus barcas, y viceversa–, lleva en el mástil de cubierta una bandera argentina a media asta, dicen, desde que falleció el general Perón en el 74.

La embarcación se bambolea en el rebote del oleaje contra las maderas del muelle, cargada de escolares de guardapolvos blancos. Los pibes se agarran a los pasamanos de babor mientras imitan el movimiento de la barcaza con los chistes y las risas de cada mañana.

Abelino trepa a la lancha y, ya en cubierta, saluda. El resto de los niños, a los que conozco bien, conozco a sus padres y hermanos desde hace tiempo, me saludan con las manos en alto. ¡Qué churros son! Junto a Abelino viajan sus mejores amigos, esos nombres que vi escritos en su libreta (mi hijo tiene un diario que completa todos los días): Grimal “el Hippie”, Randazo, Sicopardi y Piñón, Luisito. Si no son más que una pandilla de niños salvajes, me digo.

Detrás, veo una columna de humo que se multiplica en la selva. ¿Qué será ese humo?

Algo pasa. Es lo primero que pienso al respirar la atmósfera del almacén de ramos generales Molina. Me hace acordar cuando, años atrás, quebró la última fábrica de la zona. La bancarrota de la maderera Beltrán y Asociados llevó a muchos de los habitantes del pueblo a emigrar a Buenos Aires y a Montevideo

en busca de empleo. Y dejó aquel vacío que podía palpase en el aire. Lo habíamos hablado con José cientos de veces. La palabra era esa: vacío.

Por ese entonces, a mediados de los sesenta, visitábamos el Delta con la familia los fines de semana, cuando aún ni me imaginaba que viviría en el pueblo, que sería una de ellos. Recuerdo el éxodo, las casas cerradas, la idea de pueblo fantasma. El resto de la gente intentó sobrevivir como pudo. Los que se quedaron. Entonces, nadie dijo nada.

Como sucedió en aquel momento, ahora la gente se mantiene callada, las miradas... todos bajan la mirada cuando los miro. Poco importa, tengo la sensación de que no hay silencio en el lugar. Como si la gente hablase con su propia mudez. Como si el silencio fuera la expresión más compleja y autóctona del pueblo.

Sé lo que han estado haciendo de madrugada. Yo, por suerte, no lo necesité nunca. Prefiero conformarme con la pensión de mi marido, por escasa que sea. Conozco sus *Consejos*, esas reuniones en el medio de la selva con sus propias leyes y normas.

En ese momento veo a Ignacio Molina ocupado en el mostrador. Tiene cierta mueca de ansiedad en los labios, Molina, raya al costado bajo un kilo de gomina. Su pelo me hace acordar al de los playmóviles que mi hijo colecciona, como si fuera todo una placa de plástico. Hay playmóviles de todas las profesiones. Él es el playmóvil con delantal de almacenero. Tiene esa presencia corpulenta, que llena el mostrador. Debajo del delantal viste la camiseta argentina. Con la llegada del Mundial 78 el año que viene, todo el

mundo lleva la misma camiseta. Pienso en que la próxima vez que vaya a Buenos Aires compraré una para Abelino.

Meses atrás, Molina había empezado a invitarme a salir con insistencia. Y yo me había dedicado a evitarlo, con la misma insistencia con que él proponía. Se decía en el pueblo que solía acosar a las mujeres. Pero entonces no me preocupaba Molina como me preocuparía después, podía mantenerlo a raya.

Y pensar que él sería el causante de todo...

Los trabajadores del frigorífico cargan a sus espaldas las medias reses que Molina organiza en la heladera, colgadas de los ganchos. La imagen de las reses me parece un presagio, lo siento en cada poro de la piel, aunque desconozca el motivo. Eso que dicen del *déjà vu*.

Y hay ese olor en el aire. Huele a quemado. Los hombres se comportan como si el olor no tuviera nada que ver con ellos. Vi las piras antes de salir de casa, pero no había sentido el olor tan fuerte como lo siento ahora.

Hago la compra recordando la lista. Cuando pago, siento como si Molina quisiera decirme algo y se contuviera frente a la presencia del resto de los vecinos. Me querrá entregar alguno de sus poemas cursis, o uno de sus regalitos, esos prendedores baratos que trae del Once. Cada movimiento que hace es correcto, preciso, medurado, como si sus maneras estuvieran diseñadas para contrarrestar los rumores que aseguran que es capaz de convertirse en un ser salvaje y despiadado. En el pueblo, se

comenta que es el único que se atreve a disputarle a mi hermano Roberto su puesto como jefe del clan del Delta.

Es al salir del negocio cuando Molina me llama.

–Etelvira, vení... Bancame un segundo.

Esta vez, por el gesto severo de Molina, el ceño fruncido, parece que se trata de otra cosa. Señalando con el mentón, me muestra una hoguera que arde con ganas detrás del almacén. De su núcleo se eleva al cielo un humo negro como una columna barroca. Al acercarme, noto que es una gran pira de libros.

–¿Ya... te quitaste los libros de encima?

–¿Los libros? ¿Qué pasa con los libros, che? No jodas...

–¿Tu hermano Roberto no te dijo nada?

–No lo veo desde hace días...

Una de las pasiones de mi difunto marido era su biblioteca. Había sido historiador, antes de que las universidades cambiaran de rumbo, y el ejército y el catolicismo extremo se adueñaran de ellas. ¿Qué clase de libros podía tener Molina?

–No seas boluda, quemalos todos.

–Pero... ¿Qué está pasando?

–Dicen que entraron a varias casas del pueblo y que las quemaron por los libros que tenían.

–¿Quiénes?

–No sé. No se sabe. Pero qué más da. ¿No ves?

–¿Qué tengo que ver?

Molina hace una mueca de disgusto.

–Para ver primero hay que abrir los ojos, Flaca. ¿Cuántas veces te dije que sería mejor que tuvieras un hombre como yo al lado? ¿Un hombre que te proteja?

—¿Tiene que ver con eso que dicen... de los cuerpos que aparecen flotando en los canales?

Molina no responde a mi pregunta.

Ya al timón de la barca, de regreso a casa, distingo en el horizonte una serie de machetes de humo que se elevan hasta el cielo. ¿Y si vinieran a casa y vieran la biblioteca? ¿Si vinieran quiénes?, me pregunto. Entro al living y observo los anaqueles cargados de libros, me quedo ahí parada como una boluda. Acto seguido, comienzan a escucharse una serie de disparos. Por las rendijas de las persianas puedo ver un grupo de hombres desconocidos en un embarcadero de La Palma. Disparan al aire, como si festejaran el miedo. Como esos forajidos de las películas de vaqueros...

El tío, Roberto Sicuzo, cinta 4

Es un error eso de desenterrar el pasado, sabelo. Y no, nunca supe dónde estaban enterrados todos esos muertos. Cuando nos llame el Señor, rendiré cuentas a él, solo a él. Antes no, ni hablar. Soy un gaicho hijo de puta, Dios me hizo así. Pero igual... igual te puedo orientar un poco.

Son las palabras con las que inicia su relato el tío Roberto. Desconozco si sigue siendo el jefe de la zona, el sumo sacerdote, como lo llamaba mamá. Esas cosas no se dicen. Y luego pienso, nada de lo que sucede en Los Álamos se dice: ni antes, ni ahora. Paso días con él, vamos a pescar, a cazar, pasamos horas en el bar del pueblo y, mientras transcribo su testimonio, lleno de silencios, de trampas, de repeticiones y voces en susurros, es muy poco lo que logro sacar en claro. Diría, incluso, que me confunde cada vez más que el tío intente aclarar las cosas.

Me hace acordar a esos museos de paleontología donde se exhiben huesos de dinosaurios y donde solo uno o dos son verdaderos y los otros, para completar la figura, de yeso. Soy yo el que debe completar su relato con todo aquel yeso (casi no hace descripciones), para lograr formar una idea de lo que dice...

Una luz huidiza aparece y desaparece en el río. Raya las aguas y alumbra a intervalos (a cachos) ese universo de partículas e insectos que el aire transporta. Es el foco de una embarcación en el escaso oleaje de la marea nocturna. Pienso en una marea aunque se trate de un río.

Estoy muy curtido de todo esto, me digo, después de pasar por lo mismo miles de veces. La espera. Las conversaciones en la penumbra. Hasta que aparecen los perfiles bajo la luz de la luna. Son ellos. No hay duda. La radio lo confirma. Aún es de madrugada cuando la lancha emite el aviso: “1037, 1037 en cobertura”. Y luego una voz que imita el acento argentino:

–¿Sicuzo, nos escuchaste, che?

–Sí, los tengo, brazucas de mierda –respondo.

Es la señal. Interrumpimos con pereza la partida de truco y esperamos la llegada de la embarcación en la popa de la *Vaquita*, mi *Vaquita*, una barcaza de treinta metros de eslora en la que transporto ganado de una orilla de los canales a la otra. Está tan pesado... como si tuviera que despegarme del aire para hacer el más mínimo movimiento.

Somos tres nosotros. Los brasileros siempre nos triplican en número. Pero no nos hace falta ser más. Jiménez, Carpazo y yo, tres gauchos gordos que, de

pie uno al lado del otro, formamos algo así como una piña. Somos una rara especie de gauchos modernos, como dijo una vez Jiménez. Quizás lo dijo por esa mezcla de vestimentas del gaucho de antes, las bombachas, las botas, con las camperas Adidas y las remeras Hering del contrabando. O mi *chapéu*. Que no pega ni con cola. Uso un *chapéu* de pana que tapa una cabeza despoblada que supo ser rubia; me dicen “el Polaco”, como les dicen a casi todos los rubios del pueblo.

Lanzo la sogá que los brasileros atan a la proa de su embarcación con el fin de ser remolcados. Un negro con cara de lagarto repite el *obrigado* habitual. Su embarcación parece una rémora de madera al lado de todo el hierro del carguero.

Me gusta navegar de noche. El sonido del agua contra la proa. El balanceo. La cercanía de la costa. Un mapa que no se ve en la oscuridad... y que las coordenadas del recuerdo me hacen distinguir de otra manera. Puntos aquí y allá, como un braille (*esa cosa de los ciegos*) de la selva y los canales que conozco de memoria.

Es una barcaza de pintura hecha pelota, la de los brasileros, los bordes rodeados de llantas viejas y la inscripción “Mais grande do Sul” en el casco.

–Estos brazucas siempre son lo más grande del mundo –digo, sin disimular el asco que les tengo.

–Van a ver quiénes son grandes en el Mundial que viene... –me contesta Jiménez, a un lado.

Toda la proa y la popa de la embarcación brasilerá están llenas de cajas amarradas a cubierta con cuerdas. Acompañan la carga una docena de

hombres armados con metralletas y con esos rostros que hacen acordar a los roedores cuando se sienten atrapados.

Los canales y la selva huelen diferente durante la noche. Lo siento por encima del olor a bosta y pelaje mojado que apesta la cubierta. Es como si se condensara su esencia en el aire. Por eso, el olor lejano a crudo, a la selva, a la tierra mojada, se hace más fuerte a esas horas, me digo.

Algo cambió... algo que no logro descifrar. Si fuera en tierra, como resero que soy, sabría lo que sucede. Pero el río es diferente. Es un taimado. Tiene esa cosa rara de que siempre vuelve a ser un desconocido... No hay manera de junarlo.

Hay cierta carga de costumbre en lo que hacemos. Dos tráileres esperan con los portones abiertos al lado de un embarcadero de hormigón. Los brasileros se toman su tiempo para desatar la mercadería. Son tan lentos... Los vecinos de Los Álamos cargan todo en los camiones. Son televisores, en su gran mayoría, aunque también hay lavadoras, tabaco, alcohol, ropa.

No fue solo Carpazo el que me dijo que vio gente merodeando por la zona. Y Carpazo no es de mentir. Unos tipos en unos Ford Falcon a la madrugada. Extraños. Otra gente del pueblo también me vino con el cuento. Pero tampoco quiero darle mayor importancia. Contrabando hubo siempre, desde la época de la Colonia ya pasaban barcazas por las orillas del pago. Después, desde los años cincuenta, fue un negocio de la Prefectura. Implicó a los vecinos cuando quebró la maderera Beltrán. Unos comerciantes piratas de Passo Fundo nos ofrecieron un

precio para desembarcar en el pueblo. Y desde ese día todo cambió para siempre.

Para entonces, mi sueño de fundar mi propia hacienda en el Delta ya era solo un recuerdo. Los camiones habían reemplazado a los reseros desde hacía tiempo y solo quedaban para nosotros unas pocas changas mal pagadas. Y a los de Beltrán, a los trabajadores de Beltrán, les quedaba todavía menos. Pero no podíamos hacerlo solos. Necesitábamos gente para cargar. ¿Y qué mejor que darles trabajo a los vecinos del pueblo? A esos sí que ya los tenía junados.

“Puerto Trucho” le dicen al embarcadero donde descargan la mercadería. Hay que ver el nombre, me digo: Puerto Trucho. Pueblo Trucho. Todo en Los Álamos tiene el doblez de las falsas apariencias.

Es un secreto a voces compartido por los vecinos. El contrabando nos permitió subsistir y alimentar a nuestras familias. La misma necesidad mantuvo el silencio a lo largo del tiempo. Fue el primer secreto que el pueblo supo preservar. Volverlo un bien común. Algo que todos sabían, pero nadie pronunciaba. Una clandestinidad compartida que beneficiaba a todo el mundo.

Pero yo no sería el único. Pronto, la mayoría del pueblo vivía del contrabando. Así que el secreto creció y unió al pueblo. Fue su nexa, su día a día, y se volvió la misma unión entre nosotros. Se trata de gente trabajadora, la de Los Álamos, pero dependiente. A diferencia de otras poblaciones del Delta, llenas de cuentapropistas, Beltrán había creado la dependencia. Por eso quedaron tan desbandados cuando quebró. Y por eso mismo fue tan fácil reclutarlos.

De esos años turbios surgió un Consejo formado por los pobladores. Desde entonces, nadie puede saltarse lo que dice el Consejo del Delta. Mi hermana Etelvira dice que es como vivir en una secta.

Cuando los camiones encienden motores, ya no hay un alma en Puerto Trucho. Su destino: Buenos Aires capital y los pueblos de la provincia.

Es como un hueso amarillo, ese amarillo de las tabas, de la carne que no se termina de despegar del hueso, el sol (¿blando?) que parte el río en dos y enciende el cielo del amanecer. Todas las aves del Delta parecen despertar a esa hora. Los teros, las cotorras, los zorzales, las garzas...

Repito rutina. Compro medialunas, yerba mate y los 43/70 en el almacén de ramos generales Molina. Cuando voy a garpar, lo hago teniendo en la mano el fajo que acabo de cobrar, descuidado de que me vean. Muchas veces siento como si me hubiera dejado pegado el ancho de espadas en la frente al mostrar las cartas y rematar una partida de truco. En el fondo sé que es mejor que todos sepan que tengo el ancho. Sobre todo Molina, al que tengo detrás con ganas de serrucharme el piso. *Lo de él siempre eran faroles hasta que llegó esa gente del comando.* Pero el ancho es solo una ilusión pasajera... que termina al mezclar las cartas y repartir otra mano. Es como el río, que siempre es distinto. Y siempre empieza de nuevo.

Al llegar al rancho, el aire cambiado que creí notar durante la noche se hace más fuerte. ¿Qué es? Ahora ya no tengo excusa. A lo lejos veo columnas de humo y me pregunto qué será eso. Comenzaron ayer por la tarde, pero nadie habla de eso. La noche las

ocultó y ahora aparecen de nuevo. ¿Qué carajo están quemando?

Se nubla poco después de que amanece y todo el Delta se oscurece bajo la llegada de una tormenta decidida a suspender el día. Suena un trueno lejano que se acerca hasta pasar por encima del rancho; filtra su rumor y se aleja poco después con un eco apagado.

Siento los motores y, al mirar por la ventana, cuento uno, dos... cinco Ford Falcon. Acto seguido, escucho las voces de mando. Hay palmadas en la puerta, el timbre de la selva. Un grupo de hombres irrumpen en casa. Visten de civil, pantalones de jean, blazers y chaquetas de cuero, y van armados con Ithacas y ametralladoras.

Este es el inicio de todo, grabalo bien, Abelino, pasaron tantos años... Tu tío ya no tiene memoria para estas cosas. Prefiero olvidar.

Lo primero que pienso es que tiene que ver con el contrabando. Siento una presión en la boca del estómago. La vida es una lucha que debe terminar algún día, sé que no me estoy haciendo el machito y quizás es esa sensación de final la que crea cierto alivio que se sobrepone al miedo. Llevo años pensando en este día. Después me digo que, si fuera la gente de Prefectura, ya me habrían hecho boleta.

Su jefe se hace presente en escena. Enseguida me doy cuenta de que ese hombre es el que manda. Hay una subordinación inmediata del resto hacia él. Tan lineal como tirada a plomo. Lleva una pistola Colt 45 del ejército argentino en la mano. En el cañón, junto a la mira, distingo la talla del escudo patrio.

—Mayor Ebaristo Vergara —se presenta—. Tenemos un laburo para usted.

Esos tipos vienen por otra cosa. Y pienso... Ya no es solo un rumor lejano, algo que solo pasa en Buenos Aires. Todo eso del golpe de Estado.

Era como la idea del mar, la continuación del Río de la Plata: nadie duda de su existencia, aunque permanezca oculto detrás del agua dulce y nunca lleguen sus olas al pueblo. El río filtra su corriente salada. Como si nosotros, el mundo en el que vivimos, la selva, los canales, todo el Delta, ya no pudiéramos hacer de contención a todo lo que pasa allá afuera.

¿Vergara, dijo que se llama Vergara?

El mayor Ebaristo Vergara es un lungo de más de un metro noventa, me saca al menos una cabeza y casi no pasa por el umbral de la puerta. De esos largos a los que la altura joroba a lo largo de los años, efecto de la gravedad. Tiene el pelo engominado, la gomina es algo tan de milico... Tiene el bigote grueso y negro, y viste de calle, como el resto. Solo que con pilchas, se nota, más caras, más pulentas. Es joven, esa edad en que los hombres se inician en la manutención de su propia familia, y un sesgo patriarcal y adusto se apodera de ellos. Y que la vida en el ejército, y el mando, y el golpe, endurecen. Pantalones de traje, las rayas del planchado marcadas, como si las llevara dibujadas.

Las rayas del planchado distinguen a los hombres. Las perfectas, paralelas, simétricas siempre dan cuenta de tipos obsesivos.

—Vamos a ver, ¿usted es...?

—Sicuzo. Roberto.

—Me han dicho que nadie conoce el Delta como usted, Sicuzo.

Desde ese día, el mayor sería para mí como una sombra en una habitación a oscuras, una sombra que se esconde, multiplicándose, idéntica y distinta.

Uno de sus hombres enciende un farol de camping sobre la mesa, no tengo corriente eléctrica. El brillo cambiante de la llama, en contraste con la oscuridad interior, enrarece la escena. Mi propia casa me parece un sitio lúgubre y extraño. Un nicho. *Y pensar que de alguna manera lo era... La mayor parte de los presentes no saldrían con vida del Delta.*

—Usted va a ayudarnos a rastrear la zona.

—¿Qué buscan? —pregunto.

—Eso a usted no le importa, carajo —se enoja.

Uno de sus hombres despliega sobre una pared un mapa. En el plano puede verse claramente la mano de agua de seis dedos que se abre sobre el Delta. Aunque los canales intermedios sean imprevisibles —aparecen menos de la mitad—, es una de las representaciones más acertadas que vi jamás de Los Álamos y el territorio que nos rodea. El mapa, noto, lleva las siglas en tinta de la Triple A en el borde inferior derecho.

Sí, ahora es él el que tiene el ancho pegado en la frente.

—Este es un pueblo tranquilo, de gente trabajadora —digo—. Los habitantes viven en las islas, apartados unos de otros, mayor. Pueden pasar meses hasta que vea a uno de ellos que, por alguna razón, baja al pueblo. Buscar acá es muy jodido. Yo se lo digo, nomás...

Hay un silencio cargado.

–¿Por qué? –pregunta el mayor.

–Este lugar... se traga a la gente.

Después, por alguna extraña razón, como si así anunciaran su llegada al pueblo, los hombres salen al embarcadero y disparan sus armas al aire.